



CAPÍTULO VI

LA COMPAÑÍA DE JESÚS EXTINGUIDA

Los jesuitas dejaron de existir como Congregación religiosa. Una facción impía y desorganizadora triunfó de la Religión y de los principios que moralizan los pueblos.

Coligáronse Magistrados y Gobiernos contra la Compañía, y pedían su abolición para salvar, decían, á la Religión de su pervertida moral y á los Tronos de su insaciable ambición; y apenas se habían pasado veinte años cuando se vió el culto abolido, los Ministros de Dios perseguidos ó decapitados, los tronos derribados, y vertida la sangre de los Reyes y de la nobleza; tales fueron los hermosos días prome-

tidos al mundo con la supresión de los jesuitas.

Dejamos á los ánimos reflexivos el estudio de esta época, que no es aún bien conocida en los gérmenes de desenfreno que en sí encerraba, y seguiremos los pasos á los miembros dispersos de la Orden suprimida.

En esta época se hallaba la Compañía en su más floreciente estado. En su régimen interior, reinando la paz y la tranquilidad, no ofrecía á los ojos de los críticos menos benévolos sino un conjunto de subordinación, de regularidad y de virtudes religiosas digno de la estimación de los hombres pensadores y desapasionados; el número de sus individuos se aumentaba progresivamente, y sus tareas en Europa y en las Misiones ultramarinas glorificaban á la misma Compañía y á la Iglesia.

Si se atiende á la vida privada de los jesuitas, una observación basta para comprender su rectitud y su moralidad; y es que en más de veinte mil individuos apenas si hubo uno solo á quien pudiera probarse un delito, ni aun cosa que mereciese

una acusación seria, y esto en climas tan distintos y expuestos á la pureza de costumbres, y en medio de tantas persecuciones, calumnias, destierros y crueldades.

Por otra parte, una prueba de lo floreciente que estaba la Compañía al tiempo de su extinción es las muchas producciones literarias que dieron á luz los ex jesuitas dispersos, y el aprecio con que eran recibidos por los Prelados y por todas las personas distinguidas amantes del orden, de la Religión y de la moral de los pueblos.

Los Padres españoles que habían sido arrojados á Italia se ocupaban en los sagrados ministerios, en la dirección de establecimientos de enseñanza ó en el cultivo de las ciencias; desterrados de su patria, salían por la honra de ella contra los virulentos ataques de algunos escritores italianos que mostraban despreciar la gloria de la literatura española.

Juan Andrés escribió un gran número de obras, de las cuales la principal y más extensa fué la intitulada *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*. Y el mismo autor publicó otra obra curiosa con

el título de *Indagaciones sobre el origen y vicisitudes del arte de enseñar á los sordomudos*, en la que prueba que los españoles fueron los primeros que enseñaron este arte.

Otro campeón de las glorias literarias de España fué Francisco Javier Lampillas, que publicó en Génova su *Ensayo apologético de la literatura española*. Cuando salió á luz esta obra, el Conde de Florida-blanca, á la sazón primer Secretario de Estado en Madrid, escribió una carta de oficio, con fecha 22 de Septiembre de 1778, á D. Juan Cornejo, Ministro plenipotenciario de España en Génova, diciéndole que S. M. concedía al autor P. Lampillas, durante su vida, pensión doble de la que hasta entonces había gozado por el celo con que ha empleado su tiempo y literatura en defensa del crédito nacional.

Faustino Arévalo publicó, corregidas y adicionadas, las obras de San Isidoro y de otros antiguos escritores españoles no muy conocidos en países extranjeros.

Esteban Arteaga escribió, entre otras obras, *Las revoluciones del teatro musical*

en Italia desde su origen hasta nuestros días. Arteaga siguió á Francia á su amigo, aunque enemigo de la Orden, el caballero Azara, en cuya casa murió en París el año 1799.

Gregorio Garcés dió á luz su obra *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*.

Lorenzo Hervás y Panduro publicó un gran número de obras, como la *Idea del universo*.— *Historia de la vida del hombre*.— *El hombre físico*.— *Viaje estático al mundo planetario*.— *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*, etc.

José Petisco comentó los autores clásicos latinos, escribió una gramática griega, y dejó manuscrita una traducción española del Antiguo y Nuevo Testamento.

En Portugal, después que la Reina Doña María dió libertad á los presos, fueron éstos acogidos por el pueblo y los Obispos como unos mártires. El P. Timoteo Oliveira, antiguo confesor de Doña María, fué reinstalado en la Corte y colmado de honores.

En Francia, el Parlamento de Languedoc, que antes se había unido á los demás

Parlamentos para lanzar su anatema contra la Compañía, se reunió en 1784, no ya para volverla á maldecir, sino para expedir un decreto mandando inhumar solemnemente al P. Juan Serane, el amigo de los indigentes, que acababa de sucumbir á las fatigas de su celo.

Otro de los ex jesuitas que trabajaba en el centro de Francia contra el vicio y el error fué el P. Beauregard. En el jubileo de 1775 predicaba en la catedral de París, y desde aquel mismo púlpito que dieciocho años después había de transformarse en horrible tribuna del ateísmo, y en presencia de aquel mismo altar en que las diosas de la Razón y de la Libertad habían de ocupar el puesto de la Virgen Inmaculada, pronunció de lo íntimo de su corazón estas proféticas palabras: «Sí; los filósofos no aspiran á otra cosa sino á destronar al Rey y á la Religión; el hacha y el martillo están ya en sus manos; sólo aguardan una ocasión favorable para derrocar el trono y el altar. Sí; vuestros templos, Señor, serán despojados y demolidos; vuestras fiestas abolidas, blasfemado vuestro nombre y

proscripto vuestro culto. Pero ¿qué oigo? ¡Gran Dios! ¿Qué es lo que veo? A los sublimes y majestuosos cantos, que hacían retumbar las sagradas bóvedas en honor vuestro, se suceden las trovas lúbricas y profanas. ¡Y tú, deidad infame del paganismo, impúdica Venus, tú también vienes aquí á ocupar el lugar del Dios vivo, á sentarte en el trono del Santo de los santos y á recibir el incienso criminal de tus nuevos adoradores!»

Estallada la revolución, los antiguos jesuitas fueron confundidos en la persecución con lo demás del clero. Existían algunos en París ocupados en el púlpito, en el confesonario y en las ciencias, y habiéndose negado á prestar juramento á la Constitución civil del clero, les hicieron expiar en las lúgubres jornadas de 2 y 3 de Septiembre (1792) esta resistencia.

En el Carmen, en la Fuerza, en la Abadía y en San Fermín, perecieron los Padres Bonnaud, Charton, de Millou, Gaudières, Durvé, Friteire, Le Gué, Lanfant, Ville-Corisie, Le Livec, Pedro y Roberto Guérinde Rocher, Vaurlat, Grasset,

Second y Verron; entre los cuales Guérin de Rocher se distinguía por su erudición, Lanfant por su elocuencia, y Le Livec por sus conocimientos en la Geometría.

Otros jesuitas que vivían en las provincias, siendo en ellas la antorcha del clero y el consuelo de las almas cristianas, desaparecieron también en la tormenta.

Los ex jesuitas franceses tuvieron igualmente hombres que sobresalieron en literatura. Uno de ellos fué Berthier, quien á la muerte del P. Longueval continuó la *Historia de la Iglesia galicana*, y el año 1745 tomó la dirección del *Diario literario de Trevoux*, en el que se hizo notar en el espacio de diecisiete años por una vasta erudición y por todas las cualidades de un hábil escritor, y los enciclopedistas tuvieron que sentir más de una vez su crítica vigorosa.

Berthier publicó también obras ascéticas y comentarios sobre los salmos. En la época de la proscripción de los jesuitas, deseoso el Canciller Lanwignon de conservar á la Francia un hombre tan eminente, se empeñó en que continuase el *Diario de*

Trevoux, ofreciéndole una pensión de 1.500 libras y un alojamiento en la Biblioteca Real; pero el humilde religioso lo rehusó, y aun pensó retirarse á la Trapa.

En esta perplejidad fué llamado á Versalles, en donde el Delfin, justo apreciador del mérito, le detuvo como adjunto á la educación de los hijos de Francia; aunque no estuvo más que dieciocho meses en este puesto, porque á consecuencia de nuevas persecuciones contra los jesuítas, y exigiéndoles un juramento injurioso para su Instituto, se negó á él y tomó el camino del destierro.

Doce años después se le permitió volver á su patria y se fijó en Bourges, en cuya ciudad murió en 1782, con gran sentimiento de todos los buenos.

En la misma Francia Berault-Berchastel escribió su *Historia de la Iglesia*; Guérin de Rocher compuso su *Historia de los tiempos fabulosos*; Francisco de Ligni publicó la *Historia de la Vida de Jesucristo*; Langier reprodujo la *Historia de Venecia*, y Waltelein dió á luz su *Descripción de la Galia Bélgica*.

María Teresa de Austria se había sometido á la ley de la necesidad dando su asentimiento á la abolición de la Compañía de Jesús; mas á pesar de todo, no permitió que los Padres abandonasen su Colegio Teresiano. Bouschab fué nombrado en Baviera Rector perpetuo del de Munich, y Mangold pasó á desempeñar igual cargo en el de Amburgo, que en 1777 estaba dirigido por cuarenta ex jesuítas.

Después de la extinción de la Orden, el Elector de Colonia nombró al P. Juan Carrich Superior del Colegio de las Tres Coronas y Rector de su Universidad. El Príncipe Carlos Teodoro, Elector palatino, entregó el Colegio de Manheim á la dirección del P. Desbillons, uno de los proscriptos de Francia.

En otros muchos lugares se verificaba la misma reacción en favor de los ex jesuítas: Juan de Osuna fué llamado á regentar el Colegio de los Sabinos; Antonio Pinazo á inspeccionar los estudios de Milán; Juan Nekrepp á presidir en Viena la Academia Imperial de idiomas orientales; Juan Tuberville á dirigir la Academia de Bru-

selas, y Juan Molnar á gobernar la Universidad de Buda.

El Elector de Maguncia invitó á los antiguos jesuitas á continuar en sus Estados la enseñanza. Conserváronlos en Ratisbona y Lieja, donde el P. Hawart formó á los jóvenes ingleses en la piedad y en la literatura. Las cátedras de ciencias sublimes fueron herencia casi exclusiva de los hijos de Loyola: Mako Schanvisner, Luino y Lechi fueron designados por María Teresa para maestros de Matemáticas, Antigüedades, Arquitectura militar é Hidráulica.

La Universidad de Ferrara nombró al P. Antonio Villa maestro de elocuencia y de antigüedades griegas y latinas. El Gran Duque Leopoldo encargó á Leonardo Jiménez extender en Toscana la enseñanza de la Física y Geometría, y este ex jesuita creó el Observatorio de Florencia.

Continuando la enumeración de estos hombres célebres, citaremos al sabio Bosovich, á quien se le disputaron todas las Universidades y Academias de Europa; á Poczobut, director del Observatorio de Vil-

na, restaurado por él; Maximiliano Kell, inventor profundo en las ciencias exactas, é invitado por Cristiano VII de Dinamarca á pasar á Laponia con el objeto de estudiar el paso del planeta Venus; Eckel, que coordinó el Museo numismático de Florencia y publicó su obra *Ciencia de las medallas*. «Pocos eran los grandes Colegios de la Compañía, dice Montuclas, así en Alemania como en los demás países circunvecinos, en que la Astronomía no tuviese un Observatorio, como en Ingolstad, Gratz, Breslaw, Olmut, Praga, Posen, etcétera.»

El P. Statler, teólogo y filósofo, fué el consejero eclesiástico del Elector de Baviera, y después de combatir el kantismo publicó su *Ehtica christiana*; Tomás Holzklau, en unión de Kilber y Neubauer, publicó la *Teología de Wuzburgo*.

En Italia, el Senado de Tívoli erigió el año 1802, en la sala de sus sesiones, una estatua al P. Saracinelli, y los Consejeros del cantón de Soleure en Suiza, en Noviembre de 1799, inscribieron en sus registros el nombre de Collalanza, enumerando los ser-

vicios prestados por este antiguo jesuita, y erigieron otra estatua á su memoria; el P. Juan Bautista Faure, erudito consumado al par que irresistible dialéctico, mereció el honor de que le erigiesen la ciudad y el Senado de Viterbo una tumba y una estatua; el P. Lazari, hábil lingüista y profundo teólogo que bajo diferentes pontificados fué consultor del *Index* y corrector de libros orientales, conservó su cargo en tiempo de Clemente XIV después de la abolición de su Orden, y lo mismo hizo este Papa con el P. Angeri, investido con el título de teólogo pontificio, y con Aquasciati, Consultor de Ritos, y con Marotti, Secretario de latinidad.

¡Cosa singular! Mientras que los jesuitas se veían agobiados bajo el peso del anatema eclesiástico, los Pontífices y los Obispos pugnaban por colocarlos cerca de sus personas y aun de su consejo.

Arrancado Pio VI, ya octogenario, del Vaticano por orden del Directorio que regía los destinos de Francia, quiso que le acompañase en su cautiverio el ex jesuita Morotti, quien compartió todas las adver-

sidades del Pontífice, sostuvo su valor en el infortunio y le cerró los ojos en 29 de Agosto de 1799.

Muzarelli acompañó á Pío VI, arrancado del Quirinal por una escuadra de gendarmes; y otro ex jesuita, P. Arévalo, fué nombrado teólogo pontificio por el Cardenal di Pietro, representante de Su Santidad en Roma.

La Iglesia y varios Príncipes católicos eligieron entre los ex jesuitas los Obispos que habían de instruir á los pueblos, con lo cual se dió un solemne y pronto mentís á las graves imputaciones de que habían sido objeto los Padres de la Compañía.

En el espacio de veinticinco años, desde 1775 á 1800, se les ofrecieron multitud de Sillas episcopales; muchos se negaron á aceptarlas con la esperanza de ver reorganizada su Orden, y otros las aceptaron y desplegaron en ellas su apostólico celo.

Pero donde el aprecio de los Pontífices, de los Reyes y de los pueblos se dió más á conocer, fué en la confianza con que entregaban á los ex jesuitas la enseñanza científica y literaria. Los Padres Ríos, Zar-

zosa, Galán, Villalobos, Julián, Cadon, Basili, Rossi, Pons, Sandoval y Segers fueron colocados al frente de los Seminarios de Tivoli, Segni, Anagni, Gubio, Verula, Centri, Velletri, Seti, Sinigaglia, Castello y Ferentino, determinados todos estos nombres por elección de los Obispos.

Pío VI se unió á ellos, confiando al Padre Alejandro Cerasola el Seminario de Subiaco, y creando en Roma una Academia eclesiástica, que fué un semillero de Obispos, Nuncios, Cardenales y Papas, para cuya dirección puso al P. Antonio Zacharías.

Por cualquier parte que uno tienda la vista en los países donde pudieron permanecer, se ve á los ex jesuitas ocupados en los sagrados ministerios, en las ciencias ó en la defensa de la Religión.

En Bélgica aparece el infatigable Feller, autor del *Catecismo filosófico* y del *Diccionario histórico*; y en 1774, un año después de la abolicion del Instituto, se encargó de la redacción del *Diccionario histórico y literario de Luxemburgo*, que continuó hasta el año 1794.

Combatió enérgicamente las doctrinas del Emperador José II y del Obispo Juan Nicolás de Hontheim, más conocido con el nombre de Febronio, á quien igualmente se opuso el P. Zacharías con tal fuerza de razones que le hizo confesar sus errores.

En Nápoles, el P. Pascual Matteis fué tentado por el Ministro de Fernando IV con las más brillantes promesas; pero el humilde ex jesuíta huyó de los honores y murió en 1779 reverenciado del pueblo.

El P. Zech fué el mayor canonista alemán de su siglo.

El lego Miguel Zavala se consagró en Roma al estudio de la Medicina con el objeto de prestar á los indígenas el auxilio del arte, y fué nombrado médico en jefe del hospital de San Jaime.

El P. Requeno se anticipó al Abate Chappe en la invención del telégrafo.

Aquí se presentan los exégetas Curti, Hermann, Geldagen, Gener, Nicolay y Champson. Allí se ven Weisembach, otro adversario de los josefistas, Nonnotte, Barruel, últimos atletas de la Compañía.

Sería largo enumerar todos los miem-

bros ilustres que la Compañía de Jesús contenía en el momento de su extinción. Su vida fué un sacrificio incesante ofrecido á la Religión, á la humanidad y á la ciencia, honrando su abolido Instituto con unos trabajos tan variados como era la imaginación ó el gusto de cada uno de ellos.

Los Gobiernos y los Monarcas declararon que el Instituto de Loyola era peligroso para la Iglesia, las Monarquías y los pueblos, y los individuos de este mismo Instituto mostraban, con su saber y con la santidad de su vida, la sagaz previsión de los filósofos y la obcecación de los Principes. «En todos los debates ocurridos desde el año 1786 á 1792 entre los Nuncios del Papa y los electores eclesiásticos, dice el Cardenal Pacca, todavía fueron los antiguos jesuitas los que se lanzaron á la arena contra los enemigos de la Santa Sede, logrando ilustrar y robustecer á los fieles con escritos sólidos y victoriosos.»

Al otro lado de los mares se dejó también sentir la acción de los miembros de la Compañía. En 1777 Luis XVI pidió al

Papa algunos misioneros para la Cayena, con la precisa condición de que habían de saber el idioma de los naturales, y Pio VI mandó á ella, con anuencia del Gobierno francés, cuatro antiguos jesuitas portugueses; y sabiendo los indígenas que habían pertenecido á la Compañía, se arrojaron á sus pies, los inundaron de lágrimas, y prometieron vivir en adelante como cristianos toda vez que les devolvían los Padres que los engendraron en el conocimiento del verdadero Dios.

Consignaremos aquí el extracto de una Memoria diplomática, dirigida con fecha 10 de Noviembre de 1773 al Duque de Aiguillon, sobre los medios de conservar en Levante la influencia francesa, favoreciendo á los progresos del Catolicismo:

«El número de los católicos *rajas* es considerable en Smirna, donde los jesuitas hacían mucho bien, como en otras partes... Es una justicia que no puede menos de hacerseles, y que no puede ser sospechosa cuando ya no existen.

»Se les debe en muy gran parte el progreso de la Religión católica entre los ar-

menios y sirios, como se ha dado cuenta en la Memoria del último año.

»Teniendo la confianza de los súbditos del Gran Señor, importa conservar á los religiosos jesuítas en sus ministerios para no comprometer los frutos que han sembrado.»

El autor de esta Memoria es el Conde de Saint-Priest, sucesivamente Embajador en Lisboa y Constantinopla, que falleció en 1820 siendo Par de Francia.

A la extremidad del mundo oriental, el P. Juan Klœffler, médico del Rey de Cochinchina en 1750, preparaba á la sazón su *Descripción histórica de Cochinchina*.

Por otro lado, el americano Francisco Javier Clavigero escribió la *Historia antigua de Méjico*, que muy pronto se tradujo en inglés, alemán y dinamarqués.

En China, el P. Marcial Cibot cultivó todas las ciencias: Astronomía, Lenguas, Historia, Mecánica, Agricultura, Botánica.

El P. José María Amyot arrojó nueva luz sobre la literatura de los chinos y de los tártaros manchús, y murió en 1794.

José de Mailla fué tan versado en la ciencia, las artes, la literatura y la lengua de los chinos, que le admiraban los mismos letrados.

El P. de Hallerstein, Presidente del Tribunal de Matemáticas, á la primera noticia de la destrucción de su Orden expiró de dolor.

Todos estos hombres, cuyos trabajos y descubrimientos apreciaban los académicos de Europa, no perdían de vista, en medio de sus tareas científicas, sus deberes de religiosos y de misioneros, más preciosos para ellos que el cultivo de las ciencias.





CONCLUSIÓN

LA Revolución, que había empezado en Europa en el siglo xviii y que se había unido á la impiedad, duraba aún y se extendía más ó menos encubierta, y por esta causa la Compañía de Jesús, que había sido víctima de ella, debía encontrar necesariamente grandes obstáculos en su restablecimiento; así es que, ya suprimida, se vió expuesta á las mismas hostilidades que en otro tiempo, y tenía que sufrir nuevas borrascas; hostilidades y borrascas que han de continuar, porque la Compañía no puede menos que luchar en todas las épocas y bajo todas las condiciones.

Ha durado más de tres siglos este combate entre el vicio y la virtud, entre la verdad y la impostura; y aunque el examen reflexivo de los hechos debe bastar para que todo ánimo atento y despreocupado forme su juicio acerca de la inocencia de la Compañía, réstanos, sin embargo, establecer una apreciación moral aparte de la historia, aunque sacada de la misma historia.

Para fallar sobre una corporación religiosa es indispensable conocer á sus amigos y enemigos, á sus admiradores y sus impugnadores.

La Iglesia ha contado en los tres últimos siglos multitud de piadosos y doctos personajes cuyo solo nombre es un título de gloria: San Carlos Borromeo, Santo Tomás de Villanueva, San Cayetano, San Juan de Dios, San Pío V, San Luis Bertrán, San Felipe Neri, San Camilo de Lellis, Santa Teresa, Santa María Magdalena de Pazzis, San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, San José Calasanz, San Andrés Avelino, San Alfonso de Ligorio, todos sin excepción alguna, fueron los